

# RECENSIONES

*Información bibliográfica.* Obras de carácter social existentes en la «Sección de Estudios y Biblioteca» del Ministerio de Trabajo. Madrid, 1956, 1.113 págs.

Al final del estío de 1941, encontrándonos en Lisboa a Ortega, tuvimos la satisfacción de que nos interrogara con interés por los fondos de la Biblioteca del antiguo Instituto de Reformas Sociales. Como en la mayoría de nuestros grandes museos, un milagro hizo que casi se conservara intacta a través de todas las vicisitudes por que atravesara durante la guerra e incluso antes y después de ella. La expresada opinión, conjeturada un poco *in voce* ante el gran pensador tiene ahora un doble testimonio documental. De una parte, revelado a través de las 17 extensas partes de que consta este voluminoso catálogo y, de otro lado, en las palabras del prologuista, quien, durante más de quince años, tuvo a su cargo aquella Sección y con ella la rectoría de su magnífica joya, verdadera pieza de artesanía bibliográfica. Sin embargo, el catálogo, pese a su amplitud y conforme certifica su título, es sólo parcial, pues únicamente comprende las obras de carácter social que hay en la Sección de Estudios y Biblioteca del Ministerio de Trabajo. Esta última está nutrida en una gran parte de sus 60.000 volúmenes por los fondos de la Biblioteca de aquel Instituto, el cual se incorporó al disolverse durante la Dictadura, al citado Departamento de la Administración Central.

Fué verdaderamente un milagro que se conservara para la cultura y la ciencia social en España ese magnífico tesoro de libros, no sólo durante la guerra, sino a través de todas las diversas coyunturas de localización por que atravesaran sus estanterías iniciales y sucesivas, a lo largo de treinta y tres años, desde que aquel Instituto se disolviera y fuere traspasado el inmenso arsenal bibliográfico de que disponía a su heredero universal el Ministerio. La tesis de Gierke, acerca del derecho sucesorio de los entes públicos.

se confirmó, una vez más, como también se corroboraron casi totalmente unas presuntas leyes mendelianas psicosociológicas acerca de la herencia, pues que en los servicios de cultura social del Ministerio que había recibido tan preciado patrimonio, siguió sobreviviendo y manifestándose el espíritu que inspirara el desaparecido Instituto. Esto también lo insinúa aquel prólogo, como asimismo se desprende de su conocida monografía sobre el Instituto de Reformas Sociales y sus hombres.

Aquella vertebración de libros, folletos y revistas, auténtica *universitas rerum* en su sentido más espiritual, siguió creciendo, aun cuando no en la proporción que hubiera sido de desear. Se mantuvieron y aun acrecieron las dotaciones para compra de libros pero la subida de precios de éstos hizo que se cumplieran los presagios del cuantitativismo monetario de los clásicos. Ello frenó el afán ostensible de algunos funcionarios, que formaron en las filas de las primeras promociones de graduados de la Escuela Social, cuyo Director había sido alma y verdadero mecenas espiritual en la selección y adquisición de libros como lo fuera en la organización de enseñanzas que se daban precisamente fuera de las horas de lectura, en las Salas de aquella biblioteca; aquellos funcionarios hicieron lo indecible por conservar y acrecer el contenido de las estanterías pero no siempre podían sobreponerse a los obstáculos de orden material y económico, forzado aislamiento, etc.. Genoveva Palacios, en la Sección de Revistas, por ejemplo, y Monet en la de libros nuevos, multiplicaban sus esfuerzos por rellenar los vacíos de nuestra guerra primero y de la II Guerra mundial después.

Pero el gran riesgo que los libros sufrieron no fué sólo de la guerra y las exiguas dotaciones, sino de los *traslados*. Ignoramos los del Instituto desde los tiempos del local de Pontejos pero sí fuímos testigos ocasionales del traslado de la biblioteca del Ministerio desde Marqués de la Ensenada a su actual emplazamiento en Amador de los Ríos. Fué hacia 1930, y entonces tuvimos oportunidad de cooperar con don Leopoldo Palacios (maestro indudable en Política Social) en una ordenación de los de aquellos fondos dentro de los nuevos locales situados en los sótanos de aquel edificio (las «catacumbas» de lo social como las llamara el no menos inolvidable Eugenio d'Ors cuando allí nos expusiera sus famosas lecciones sobre Historia de la Cultura). Diversas amenazas burocráticas para otro traslado de aquella Biblioteca fueron acer-

tadamente frenadas por el entonces Ministro señor Serrano Suñer y más tarde por Blas Pérez; ello hizo posible que aquellos armarios, cuajados de preciados volúmenes (algunas colecciones sin par en Europa), no sufrieran los avatares del éxodo. Dios quiera que el Ministro actual conserve aquellos buenos dones de bibliofilia e impida que descabellados intentos de algunos funcionarios coloquen tan inapreciable riqueza en mitad de la calle.

La unidad patrimonial del Estado español (que recuerda en espíritu una futura ley de Régimen jurídico de la Administración central) y la sustantividad de aquella riqueza en libros (indudablemente la más importante en su especialidad pese a las crisis antes apuntadas) son razones eficientes que alejaron aquellos temores. A ello únense razones de peso: Las del sentido común, que es de esperar en los varios Ministros interesados; no sólo Trabajo y Gobernación, pues Justicia, Educación, Hacienda, Agricultura, etcétera, si precisan documentarse sobre algunos puntos no hallarán probablemente ni en las Bibliotecas particulares de sus Departamentos ni en la Nacional el enorme caudal de monografías, tratados, memorias y colecciones de Revistas que allí existen.

La mayoría de estos encomiados y encomiables libros pasaron por nuestras manos cuando brindamos en 1930 al entonces Director de la Escuela Social y rector de la biblioteca nuestra desinteresada aunque modestísima cooperación. Era ésta casi física, pues se limitaba a mostrarle al maestro los libros que, por una rápida consulta de su contenido, estimábamos deberían figurar en tal o cual armario. Nuestro juicio sumarísimo era muchísimo más esquemático que el del capítulo del Quijote. Era un juicio más que valorativo topológico, si bien la colocación se hacía por la índole de las materias que cada volumen contuviera. Aquella biblioteca sistematizada por Salas (Sala de Derecho, Economía, de Rusia y China, etc.) se refleja en el presente volumen.

Mas, como antes dijéramos, es un catálogo abreviado, ya que, por ejemplo, de Derecho sólo contiene los tratados, manuales o monografías de Derecho laboral; de Política escuetamente lo que a la social hace referencia y de Economía únicamente contados volúmenes, de los que en gran número se albergan en diversas salas.

Si a ello se añade que en dicha biblioteca hay bastantes obras de literatura, geografía, etc., que en ella está también el legado Juderías, con variados y valiosos volúmenes y que tampoco se

mencionan, casi en general, por estar ubicadas en otras salas las publicaciones de la O. I. T., veremos que el catálogo es, en efecto, una abreviatura de tal, porque prescindir de algunos tratados generales de que luego hablaremos y sobre todo de las publicaciones internacionales (piezas decisivas para el enfoque social y político del problema social), veremos que es un índice de obras con importantes omisiones. Sólo si se hubiera hecho una catalogación alfabética, sistemática y cronológica de las actas y textos oficiales de convenios internacionales de trabajo, de las resoluciones y recomendaciones complementarias de aquellos, de las Memorias del Director del B. I. T. y, sobre todo, de los rapports, estudios y documentos sobre los temas sociales tratados o no en las diversas Conferencias Internacionales del Trabajo, el estudioso de lo social tendría otro valiosísimo dispositivo de doctrina, legislación, economía y realidad social comparada en el referido catálogo, que bien merece un apéndice o una serie de ellos, como el I. N. P. hiciera con el de su biblioteca, que resulta más acogedora y, en algunos aspectos, bastante más útil.

Mas no es esta enorme laguna institucional, la de haber omitido los miles de publicaciones de la O. I. T., el reproche más grave, ya que también brillan, por su ausencia en el catálogo, nombres de publicistas bien conocidos y títulos de obras muy divulgadas, así dentro como fuera de España.

Entre las omisiones figuran, salvo que se hubieran incluido erróneamente en otros capítulos, los tratados de Barassi, Mario de la Cueva, Deveali, Nikisch, Pérez Patón, Trueba Urbina y Walker Linares, Duran (tanto sus manuales en colaboración con Rouast como su *Traité* en el que cooperan Jaussaud y Vitu), Hueck-Nipperdey. Del tratado del primero falta la traducción española y de la italiana sólo figura un volumen de la edición de 1936, más no la de 1949, que es la importante. Hay también importantes omisiones en bibliografía brasileña.

Las obras sobre contrato de trabajo unas veces se incluyen en el apartado VI y otras en el XV, pero no obstante la dificultad de confrontación que ofrece la dicotomía, hemos podido advertir que faltan, entre otras conocidas monografías, las del argentino Ramírez Gronda, los comentarios de Bellón y los de Pérez Botija, la del portugués Rodríguez Ventura, la del italiano Mazzoni (pese a que haya dos libros del mismo sobre el contrato colectivo) y, sobre todo, la obra monumental en alemán de Lotmar, cuyos dos

gruesos tomos, además, nos consta están en la Biblioteca por haberlos consultado allí repetidas veces. Sin embargo, pese a tales faltas, el abultado catálogo, sólo por sus dimensiones da una idea de la magnitud de aquella biblioteca especializada. Su acrisolado conservador, señor Sempere, ha tenido el acierto de respetar en lo fundamental la distribución y colocación de libros que don Leopoldo Palacios dispusiera, reflejándolo en la información presente, a la que avalora el ya repetido prólogo del antiguo Jefe de Servicio de Estudios del Ministerio de Trabajo, Profesor de la Escuela Social, académico, autor también fecundo y asimismo maestro nuestro, don León Martín Granizo.

Como señala éste, «parece que una de las bibliotecas más antiguas, la de Nínive, y mucho más tarde la de Alejandría, ya tuvieron catálogo; y en cuanto a varios monasterios de la Edad Media y algunas catedrales, también podemos asegurar que los redactaron en forma de listas, inventarios, matriculas, etc., en los cuales constaban sus fondos bibliográficos, códices, tumbos, libros y diplomas, clasificados y ordenados convenientemente por materias o facultades, por idiomas o por procedencias y hasta por tamaños, etc., etc. Con la invención de la imprenta y el consiguiente desarrollo del comercio necesario, se multiplican estas primitivas listas o catálogos que circularon en algunas ferias importantes, tales como las de Francfort, Maguncia y en la española de Medina. Los eruditos, a su vez, sentían la necesidad de tener su propia biblioteca clasificada y catalogada. Sobre este particular, interesante en extremo fué el catálogo universal publicado, catálogo que vino a convertirse en guía y boletín oficial de ventas *Codex mundinarum Germaniae*.

De la segunda mitad del siglo XVII en adelante se conserva una colección, bastante completa, en la que figuran multitud de obras clásicas divididas por materias, así como libros en hebreo, griego, latín, alemán, italiano, francés y español, hasta que, ya en el XVII, fué moda poseer ricas bibliotecas bien catalogadas y adornadas con esferas, instrumentos matemáticos, grabados, monedas, etcétera. En España fueron muy renombradas las de Ramírez de Prado, las de Lastonosa, Marqués de Montealegre y otras».

«Menéndez y Pelayo, en su *Ciencia Española*, decía que un Catálogo bibliográfico, hecho con sujeción a determinadas reglas, siempre que no le convierta en un índice descarnado de centenares de volúmenes, los cuales aparezcan registrados ordenadamen-

te, es el único procedimiento para hacer una obra útil. Desgraciadamente, muchos catálogos bibliográficos han sido redactados con frío criterio, sin tener en cuenta el valor propio de cada libro, dentro de un sistema ideológico que les unifique. Con este propósito hemos trabajado en esta labor que hoy se da al público, creyendo que ella se había de dirigir con preferencia al aumento de concimientos organizados sobre una materia, más bien que a lograr una erudición mal entendida.

Un catálogo no es un museo. El catálogo da vida a la biblioteca; pero, a su vez, la biblioteca da vida al catálogo, y ambos han de fundirse con el calor y entusiasmo del lector.»

A esos lectores, futuros habitantes de la biblioteca, el catálogo presente les habrá de ser herramienta utilísima en sus investigaciones, así como guía fecunda en estudios de no tan altos vuelos. Para manejarle les aconsejamos no olviden el sistema del índice dividido, como dijimos, en 17 partes, y dentro de ellas, por los seis idiomas europeos fundamentales.

Las susodichas partes tienen una sistemática un poco convencional, pues respondían inicialmente a los fondos de libros existentes. La clasificación material de las obras no responde muchas veces a su título. Desgraciadamente, la clasificación tampoco concuerda en algunos casos con su contenido, por mor de esos avatares a que antes se aludiera. El apartamiento de sucesivos Directores se acusó en la variedad de criterios de clasificación que si bien, como antes dijéramos, respetaron el sistema primitivo de clasificación, no podían mantenerlo con la misma uniformidad al proyectarse concretamente sobre cualquier clasificación. El mismo libro puede ser enjuiciado con criterios diversos según la formación de las personas y, a veces, en una misma persona varía el juicio según la oportunidad en que se formula. Una obra sobre premisas o efectos de los planes de urbanismo, por ejemplo, habrá de caer por lo común dentro del apartado XVII, que trata de esa materia, pero en algunos casos podía catalogarse en Sociología (parte XVI) o en Migración y Colonización (parte XI) o en Política Agraria (parte XIV) o en Política Social (parte XV). Bastantes de las obras en que este último recogía podrían figurar en aquéllas o en la Parte XIII, dedicada a Paro y Colocación; todas las modernas publicaciones sobre el pleno empleo que tratan de dar una fundamentación teóricoeconómica a la política social, liberándola de empirismos nocivos, al par que insuflan una dimensión social en

la economía, habrían de clasificarse con arreglo a un criterio tradicional dentro de esa parte XIII y, sin embargo, hay constituyen una parte puente entre la Política Social y la Economía. Como también llamará la atención al lector, el que no figure en el catálogo una parte sobre Seguridad Social. Las dos grandes invenciones keynesianas y beveridgianas, el pleno empleo y aquella de la seguridad, han originado multitud de publicaciones de «carácter social», muchas de las cuales tampoco figuran en el Catálogo, no ya en la parte XIII aludida o en la III dedicada a Asistencia, Ahorro, Previsión y Seguros, sino aun en la misma parte VIII sobre Utopías, Doctrinas y Partidos Sociales. Pero, repetimos, que las faltas de estos fondos bibliográficos sobre publicaciones recientes no son culpa ni de Martín Granizo ni de Sempere ni del resto de los funcionarios de la Biblioteca, celosos en el cumplimiento de su deber, inteligentes en su función y acogedores en sus «relaciones humanas» con los lectores que a ella acuden. Desde aquí proclamamos su afán «inasequible al desaliento» y nuestra sincera satisfacción no menos que cordial agradecimiento por los múltiples servicios de ellos recibidos.

Por último, y antes de acabar esta ya larga nota, queremos recordar que además de las partes referidas, comprende otra sobre Historia del Trabajo y Clases Sociales (X), sobre Accidentes y Enfermedades Profesionales (I); Higiene del Trabajo y Medicina Social e Inspección Laboral (IX); Trabajo de Mujeres y Niños (XII); Cooperación y Mutualidad (VII); Asociaciones, Sindicatos, Corporaciones, Jurisdicción Laboral (IV); Conflictos del Trabajo, Huelgas, Conciliación y Arbitraje (V); Aprendizaje, Formación profesional, Organización del Trabajo y Pedagogía Social (II). Finalmente, recordamos también que en la parte XVII antes aludida, además de Urbanismo, comprende Vivienda, en la citada XV el Derecho del Trabajo y en la expresada VI, juntamente con el Contrato de Trabajo, se recogen las obras que tratan de la Jornada de Trabajo, Descanso, Salarios, etc. El cuadro, como se ve, es bastante completo, y con las dos adiciones propuestas de Pleno Empleo y Seguridad Social, se adherirían más a la actualidad vigente, contribuyendo a dar una mayor densidad de política económica a lo social.

MARÍA PALANCAR MORENO

RUSIA Y EL MARXISMO

- JOHN PLAMENATZ: *German Marxism and Russian Communism*. Longmans, 2.<sup>a</sup> edición. Londres, 1956.
- E. SARKISYANZ: *Russland und der Messianismus des Orients*. J. C. B. Mohr (Paul Siebeck). Tubinga, 1955.
- I. N. BOCHENSKI: *Der Seujetrusische dialektische Materialismus*. Francke-Verlag. 2.<sup>a</sup> edición. Berna, 1956.
- FRITZ STERNBERG: *Marx und die Gegenwart. Verlag für Wirtschaft und Politik*.
- HENRI CHAMBRE: *Le Marxisme en Union Soviétique (Ideologie et Institutions)*. Editions du Seuil. París, 1955.

A) BOLCHEVISMO

La cuestión de si la U. R. S. S. es o no un estado socialista habría dejado de ser desde hace mucho tiempo objeto de discusión de no ser porque, como dice Plamenatz, cuando en un país se hace una revolución prematura en nombre de Marx y de la clase obrera, es necesario que la explotación de los obreros y campesinos se efectúe a través de un sistema que guarde algunas semejanzas con el socialismo. En Rusia no existe la propiedad privada de los medios de producción pero ni esto ni la afirmación, constantemente repetida por los dirigentes soviéticos, de haber edificado el socialismo, son razones suficientes para identificar lo que allí existe con el sistema socioeconómico que Marx veía como resultado de la revolución proletaria que habría de tener lugar cuando se hubiese alcanzado «la plenitud de los tiempos».

El materialismo histórico marxista impedía a sus prosélitos soñar con la revolución proletaria en un país donde el proletariado no existía y su fidelidad a esta doctrina fué precisamente la causa de que los Mencheviques, de un marxismo incluso pedante, se vieran arrollados por Lenin, cuya fe en la revolución se apoyaba en las tesis de Marx, pero que fué capaz de dejarlas a un lado cuando la revolución se presentó más próxima de lo que estas tesis le permitían esperar. Lenin siguió siendo, sin embargo, hasta su muerte sinceramente marxista. La incoherencia teórica de Marx y Engels le permitió elaborar, espoleado por la revolución de 1905, una teoría tan absurda desde otros puntos de vista

del marxismo como es la de la «revolución ininterrumpida» con la que pudo defenderse de las críticas mencheviques y que, unida a sus esperanzas de un rápido triunfo socialista en los países de la Europa Occidental, Alemania especialmente, le sirvió de justificación teórica para tomar el poder en nombre del proletariado en 1917, cuando según las previsiones de Marx había sonado para Rusia la hora del triunfo de la burguesía.

El marxismo se convirtió, así, en Rusia en Bolchevismo y los Bolcheviques erigieron primero la superestructura para transformar luego la infraestructura. La revolución proletaria pasa a ser preludeo del industrialismo en lugar de su efecto necesario. La dictadura del proletariado se convierte en la de una poderosa minoría que no intenta acabar con el Estado, depositarlo en el Museo de Antigüedades, sino, por el contrario, robustecerlo y convertirlo en un coloso político. La Unión Soviética es, o ha de ser, la fuerza capaz de acabar con el capitalismo mundial. Sus aliados no se encuentran entre el proletariado de los países industrializados, sino, sobre todo, en los países asiáticos y africanos que luchan contra el colonialismo europeo. El determinismo económico se ha convertido en determinismo político.

Este giro de 180° en el marxismo ruso no es obra del azar, ni una deformación producida por la ambición de Lenin. Sus raíces son más hondas y tocan en el fondo último de la conciencia rusa.

Como Karl Löwith, entre otros, puso de manifiesto en su estupendo libro *Meaning in History*, el marxismo encierra un indudable contenido quiliástico que explica, tal vez mejor que ninguna otra consideración, su arraigo en Rusia.

En libro de Sarkisyanz hace hincapié en el sentido mesiánico ruso que ve en Moscú la tercera y última Roma, el único asilo de la Ortodoxia, el eterno Imperio que persistirá hasta el fin de los tiempos y que está llamado a conservar para la Humanidad la pureza de la verdadera doctrina hasta la segunda venida de Cristo. La conciencia de la misión universal de la Santa Rusia sufre una transformación en el siglo XIX. Los eslavófilos acentúan el contenido social, que por lo demás siempre existió, y ven en el *Mir* ruso la fuente del verdadero socialismo. Herzen, comentando la Revolución de 1848 escribe: ...«y en caso de que el socialismo no sea capaz de renovar la moribunda sociedad Occidental lo hará Rusia» y poco después dice Bakunin dirigiéndose al Zar: «el

fuego de la Revolución iluminará desde el mundo eslavo a toda Europa».

El Bolchevismo se limita a recoger estos elementos que actúan sobre el marxismo transformándolo y la U. R. S. S. se convierte en la versión siglo XX del «único Estado fiel rodeado de Estados paganos y pecadores a los que al fin vencerá». Es «el único Estado proletario» que está en oposición polar con el «mundo capitalista» destinado a perecer.

Rusia ha contribuido así a dar al marxismo una mística totalmente ajena al pensamiento de Marx y Engels que no se ha hecho con ello más claro ni más completo, pero sí más atrayente para las masas, más cerca siempre del sentimiento que de la razón.

## B) EL PENSAMIENTO RUSO

No es, por tanto, de extrañar que la filosofía rusa se haya limitado a la repetición de los textos clásicos del marxismo, no siempre bien comprendidos, sin hacer ninguna aportación de interés.

Lenin, de quien Stalin decía que había americanizado a los rusos, fué, sobre todo, un ingeniero, un técnico ferviente, y esta actitud vital marca el carácter del Materialismo dialéctico en el que son visibles constantemente las huellas de su principal artífice que no sólo aunó las doctrinas de Marx y Engels, mucho más diferentes de lo que por lo común se cree, y creó una Teoría del conocimiento original, mezcla de racionalismo y realismo, sino que, sobre todo, puso el acento sobre la importancia de la voluntad humana en el devenir histórico, rompiendo así, prácticamente, con el determinismo económico de Marx. Lenin está en definitiva, mucho más cerca de Hegel que Marx y Engels, pero la dialéctica no es para él la unidad de los contrarios, sino más bien la lucha entre ellos y la destrucción final de la tesis por la antítesis.

Sin abandonar sus postulados fundamentales, la Filosofía ha tenido en la Rusia comunista una agitada historia cuyos puntos de inflexión están marcados, y determinados, por decretos del Comité Central del Partido comunista lo cual es sin duda extraño para un occidental, pero no del todo ajeno a la lógica interna del sistema. Bochenski señala en ella una serie de caracteres que la distinguen de lo que en Europa se ha venido entendiendo por Fi-

losófia. Su importancia política, el reconocimiento expreso de unos textos clásicos de contenido intocable, la actitud misma, dogmática y polémica, de sus representantes, la tipifican menos que lo que cuantos la han estudiado (B. Rusell, Miche, Wetter y Berdiaef, entre otros) llaman su carácter teológico. En el Materialismo dialéctico se dan, en efecto, todos los rasgos propios de una Teología. Escrituras básicas, Iglesia que vela su interpretación, Ortodoxia y Herejía e incluso Inquisición, son notas fácilmente visibles en él y que nos los presenta como saber teológico más bien que filosófico.

En un texto considerado todavía como fundamental describe Stalin el Materialismo dialéctico diciendo: «Esta *Weltanschauung* se llama Materialismo dialéctico porque su modo de abordar los fenómenos naturales, su método, es la Dialéctica y la interpretación de esos fenómenos, su concepción de ellos, su teoría, materialista».

La descripción no es muy afortunada, ya que la Dialéctica es más una Ontología y una Cosmología que un simple Método, y tampoco lo es la estructuración del sistema en siete proposiciones que Stalin hace a continuación y que sirve de esquema para la ciencia oficial en la U. R. S. S. Desechando tal esquema Bochenski estudia el sistema filosófico comunista, en el que la Lógica Formal, la Antropología y la Etica brillan por su ausencia, comenzando por su Teoría del Conocimiento, realista y racionalista, para pasar después al Materialismo, a la Dialéctica y al Materialismo histórico.

El realismo y racionalismo típicos de la Filosofía soviética arrancan de una frase de Engels que Lenin cita y repite Stalin y según la cual los sistemas se dividen en idealistas y materialistas de acuerdo con la respuesta que den a la cuestión, crucial en la Filosofía, de la relación entre la Mente y el Ser, el Espíritu y la Materia. Los teóricos soviéticos no se han cuidado jamás de deslindar el doble aspecto, gnoseológico y metafísico, de esta cuestión y esta equivocidad es fuente de muchas oscuridades de su doctrina, pródiga en élla.

El extremado realismo se acepta sin discusión o más exactamente basándose en la trivial frase de Engels: *The proof of the pudding is in the eating* o en razonamientos tan extraños como el siguiente: El idealismo conduce a afirmar la existencia de Dios (sic); Dios no existe; luego el idealismo es falso. Sentado así como

doctrina inconcusa, se repite una y otra vez que nuestra mente «copia, fotografía, refleja los objetos» (incluso se ha sustituido la Teoría del Conocimiento por una Teoría del Reflejo) y se abandona la cuestión hasta tal punto que la única aportación de cierta trascendencia hecha desde 1917 ha sido la obra de Markof sobre el conocimiento del mundo microfísico.

Al realismo va unido un racionalismo a ultranza que afirma que todo lo real es cognoscible, y pleno de fe progresista (una prueba más del reaccionarismo del sistema) proclama con firme convicción que es simple cuestión de tiempo para la Ciencia el conocimiento total de las verdades absolutas.

Hemos dicho que la cuestión crucial de la Filosofía se plantea en la Comunista en forma equívoca, pero ni siquiera cuando se considera el Materialismo prescindiendo de toda cuestión epistemológica desaparece el equívoco, pues en él se comprenden una serie de tesis metafísicas, ontológicas y psicológicas que han servido para tachar de idealistas a los pensadores de las más diversas tendencias, desde Platón y Kant hasta Comte.

La Dialéctica es para Stalin el alma del marxismo y resulta de hecho su religión. «A diferencia de la Metafísica, dice el mismo Stalin, no contempla la Naturaleza como un conjunto casual de cosas y fenómenos aislados, sino como un todo único en el cual las cosas y los fenómenos están orgánicamente ligados, dependen unos de otros y se condicionan recíprocamente». Esta visión de la Metafísica, tan ajena a su verdadero ser es, por lo demás, un ejemplo típico del método soviético; Hegel y Engels la vieron así y los materialistas dialécticos lo repiten sin más.

En la Dialéctica hegeliana se afirma que el ser del individuo se agota en sus relaciones con los demás individuos y con el todo pero, pese a ser este un punto básico del Comunismo, que en teoría y práctica considera al individuo como un momento del ser, no se encuentra un análisis de este tipo en sus teorizantes que se conforman con afirmar que la unidad del mundo «consiste en su materialidad».

Unido a este problema va el de la causalidad, que es sólo una pequeña parte de la conexión general de los fenómenos, y el de la finalidad cuya existencia se niega en la Naturaleza y se admite en la Sociedad. Se profesa un rígido determinismo en el que no obstante se da cabida al acaso (lo relativamente raro) y se hace consistir la libertad «no en la soñada independencia de las leyes

naturales, sino en su conocimiento y en la posibilidad que de él nace, de hacerles obrar en determinado sentido». El Comunismo es, frente a la anárquica Economía capitalista, el único sistema que puede dar al hombre la libertad. Hablar basándose en esta afirmación de un humanismo marxista, como con licencia y frecuencia se ha hecho, es olvidar que en tal sistema no juega para nada la libre voluntad humana.

Toda la doctrina dialéctica de la evolución, que no es un actualismo porque la materia juega un papel curiosamente similar al de la *sustancia* escolástica, se distingue del evolucionismo clásico porque, como Hegel, predica el paso de la cantidad a la cualidad producido mediante el «salto» dialéctico (que a diferencia del sistema hegeliano se estima siempre en el tiempo) y admite en consecuencia distintos niveles del ser (pluralismo categorial). El motor de este desarrollo es la existencia en las cosas de términos opuestos cuya lucha origina el movimiento incesante del ser. La lucha reviste formas distintas en los distintos niveles y en el famoso discurso de Zdanof se habla de una lucha «no antagónica» que es la que supuestamente existe en la actual sociedad soviética. Si se prescinde de las poco consistentes observaciones sobre la crítica y la autocritica carecemos de toda indicación sobre la forma que esta extraña lucha «no antagónica» ha de adoptar, lo cual ha valido a Leonof, encargado de ello, muchas censuras por parte de otros filósofos soviéticos que, por supuesto, no indican el camino a seguir.

La dialéctica no es sólo una Ontología, sino también, en virtud de su ascendencia hegeliana una Metodología, una Técnica del conocimiento (dialéctica subjetiva) y su aplicación como tal constituye uno de los puntos más débiles de la teoría comunista.

La consideración de teoría y práctica como oposiciones dialécticas del conocer explica la importancia atribuída a la Filosofía como arma política y las entusiastas alabanzas dirigidas a los políticos como filósofos. Este método dialéctico sirvió a Zdanof para calificar de «mística pitagórica» las constantes físicas de Eddington y de «brujería» las teorías que explican la materia como un conjunto de ondas. En su nombre se actuó contra N. I. Vavilof y los mendelianos y también al método dialéctico hay que atribuir la catastrófica situación de la Psicología y la Lógica Formal, cuyo florecimiento, tras el artículo de Stalin en que se negaba la calidad de superestructura (!) al lenguaje, fué sumamente efímero.

El Materialismo histórico, cuya tesis fundamental es la tan conocida de que el espíritu no es más que un producto, una función de la materia, no es sino la aplicación del Dialéctico al campo de las ciencias sociales, pero sólo desde él resultan comprensibles algunas de las mayores paradojas de este último, la de su partidismo (partinost) y simultánea objetividad, por ejemplo.

Las ideas, dice Marx, adquieren valor práctico cuando la masa se les incorpora, y en vista de ello el Materialismo Dialéctico enjuicia las ideas sociales (en definitiva todas las ideas) con un criterio acusadamente pragmático. El partidismo que de ello resulta para la Filosofía parece difícilmente conciliable con su objetividad. Al problema se han buscado dos distintas soluciones: una, por Bujarin y otra, no sólo de una vigencia actual de que la anterior carece, sino, además, de mayor agudeza, por Kammari. El marxismo, dice éste, enfoca todos los problemas de forma plenamente científica y objetiva, pero ser objetivo no quiere decir colocarse por encima de todos los partidos y las clases (en lo cual la Filosofía burguesa miente) sino adoptar el partido de aquella clase cuyo interés es el interés de la Historia. En las disciplinas axiológicas (Ética, Estética y Religión), el partidismo está en función de un valor único el triunfo del Partido, que tiene un carácter religioso y frente al que se adopta una actitud reverencial. Este valor absoluto exige sacrificios y entregas totales y de ello resulta la relativización o negación de todos los demás valores.

Pese a sus valores positivos, su sano realismo y racionalismo, su conexión con el sentido común del que tanto se alejó la Filosofía Occidental, su negación del monismo categorial, etc., el juicio sobre el valor teórico del Materialismo Dialéctico ha de ser por fuerza negativo. Prescindiendo de que sea o no falso, sus fórmulas, sus expresiones y su técnica toda son de un increíble primitivismo que queda muy por debajo del nivel mínimo de la Filosofía «científica» europea y no pasa de ser un grosero sentido común un tanto sistematizado aunque no exento de contradicciones. La exégesis de sus clásicos es a veces sutil y se hace un uso constante del léxico de Hegel pero jamás se plantea correctamente un problema y mucho menos se resuelve.

Es cierto que es producto de una cultura extraña y no es posible enjuiciarlo con categorías que le son ajenas, pero su olvido de ciertos principios metódicos básicos, comunes a todo el género humano, le niegan altura científica. Es un sistema reac-

cionario que pretende desconocer el camino recorrido por la Filosofía en los últimos cien años, y más que una Filosofía es una Religión del ateísmo que se anuncia de modo profético.

C) SITUACIÓN SOCIOECONÓMICA

Con el primer plan quinquenal los dirigentes soviéticos se propusieron industrializar a marchas forzadas un país esencialmente agrícola y del ritmo de esta industrialización da idea el hecho de que en vísperas de la II Guerra mundial habían superado ya la producción de Inglaterra y Francia y ocupaba el tercer lugar entre los grandes países industriales, tras los Estados Unidos y Alemania. El éxito no se debe, sin embargo, como los hombres del Kremlin pretenden, a la superioridad de la economía socialista sobre la capitalista. Su clave está, dice Fritz Sternberg, en haber mantenido el consumo en límites estrechísimos permitiendo así el incremento de las inversiones que en un 85 por 100 se han destinado a la industria pesada y al transporte. Los datos sobre la alimentación y la vivienda, poco expresivos cuando se trata de pueblos de un elevado nivel de vida, resultan adecuados para ponderar el de la población rusa y las cifras son realmente extraordinarias.

En 1928, el habitante de las ciudades rusas disponía por término medio de un espacio habitable de 5,7 m<sup>2</sup>, en 1937 este espacio era de sólo 4 m<sup>2</sup>, y nada permite pensar que tras las grandes destrucciones de la guerra la situación haya mejorado. El número de cabezas de ganado ha descendido en cifras absolutas y era menor en 1941 que en 1928, en todas las especies. Las repercusiones de este descenso sobre la alimentación no necesitan ser explicadas. Estos índices no deben tomarse, sin embargo, como muestras de un retroceso en el nivel de vida de toda la población, pues, el espectacular aumento de la población ciudadana ha llevado a las ciudades a millones de campesinos cuya situación anterior era aún peor y, de otro lado, el régimen soviético ha creado una clase media con un nivel superior al del pasado, integrada por ingenieros, técnicos y obreros especializados. A este respecto es notable la enorme diferenciación de salarios existente en la Rusia soviética en donde se la defiende como un principio socialista opuesto al igualitarismo burgués, exacta-

mente lo contrario de la posición defendida por Lenin al explicar la traición de los obreros socialistas a sus dirigentes en la I Guerra mundial y en forma que responde de fielmente a las previsiones de Trotsky en *la Revolución traicionada*.

La sociedad soviética, lejos de la homogeneidad que la propaganda proclama, se presenta dividida en tres clases muy diferenciadas. Los dirigentes del Partido, la Policía, el Ejército y las empresas industriales, con grandes ingresos individuales; clase media integrada por intelectuales, ingenieros, técnicos, altos empleados y obreros muy calificados con un total aproximado de 20.000.000 de individuos con ingresos relativamente altos que forma la base social del régimen; la masa de obreros y campesinos (80 a 90 por 100 de la población) con un nivel de vida sensiblemente igual al de la época zarista.

Después de la II Guerra mundial la recuperación rusa ha sido velocísima. En 1948 había alcanzado ya su producción de antes de la guerra y si la expansión económica continúa al tiempo actual, superior al europeo e incluso al americano en lo que a la industria pesada respecta, habrá superado en 1960 la producción de toda la Europa Occidental junta. Sus cifras de producción de carbón y acero por habitante se aproximan ya a las francesas. El crecimiento depende, sin embargo, de las posibilidades de que prosiga en la misma forma que hasta ahora la explotación de los obreros y campesinos lo cual parece difícil a la luz de los últimos acontecimientos. El imperio comunista sobre la Europa Oriental crea, además, nuevos problemas en este sentido, pues, algunos de los países dominados (especialmente Alemania y Checoslovaquia, pero también Polonia y Hungría) son países de un nivel de vida muy superior al ruso que habría de ser no sólo como en la U. R. S. S. detenido, sino incluso disminuído para permitir el aumento gigantesco de las inversiones necesario para el ritmo soviético.

La U. R. S. S. es un Estado de nuevo tipo cuya definición es aún imposible porque su desarrollo está inconcluso. De potencia de segundo Orden ha pasado a ser el Estado más fuerte de Europa y Asia; de dictadura del proletariado se ha convertido en dictadura contra el proletariado.

La dictadura era para Marx un régimen transitorio necesario para que un proletariado que constituía la mayoría de la población triunfase en su lucha contra las clases reaccionarias. En Rusia,

ni el proletariado era mayoría ni la dictadura se redujo a la eliminación de las antiguas clases explotadoras. Destruídas éstas, la dictadura se volvió contra el pueblo en nombre de un falso socialismo pero constituyendo en realidad una forma nueva que no puede, por su dinamismo, ser calificada de feudal ni de capitalismo de Estado por su absorbente extensión. Con su peso enorme en el equilibrio de las fuerzas mundiales, dice Sternberg, ha debilitado al capitalismo pero tal vez más y más hondamente al socialismo con un sistemático falseamiento de los conceptos marxistas cuya revisión es de día en día más necesaria.

No es fácil ni quizás útil especular sobre el futuro del Estado ruso. Para Sternberg existen tres distintas posibilidades: Mantenimiento del régimen actual, Revolución y Transformación desde dentro. La industrialización ha creado la base económica para el socialismo de que Rusia carecía en 1917, pero una transformación hacia el socialismo no parece probable a corto plazo. Sería necesario que los gobernantes renunciasen a mantener un ritmo de crecimiento industrial superior al europeo, de lo que no hay muestras visibles pero tampoco la mejora del nivel de vida de la población sería por sí sola bastante. En un pueblo carente de tradición y de instituciones democráticas no puede esperarse que se produzca, como en Europa, un aumento correlativo de la democracia y el nivel de vida de las masas. Esperar para el futuro más o menos próximo un Parlamento con pluralidad de Partidos y sufragio secreto es sencillamente risible. El único camino hacia la democracia que podría tomarse realmente en serio sería el de permitir organizaciones obreras auténticamente libres y la asociación de los Kolhosos para hacer frente a la explotación del Estado.

#### D) LA SUPERESTRUCTURA IDEOLÓGICA

Utilizando un método genético y crítico —y sin pretensiones de exhaustividad—, M. Henri Chambre, se sitúa deliberadamente en el propio interior de la ideología soviética con el propósito de descubrir sus resortes más íntimos. Se pregunta, una y otra vez, si la diversidad de principios, admitida por el sistema ideológico, es compatible con la unidad que debe presidir su desarrollo histórico dialéctico. Conocedor a fondo de la ideología marxista, afron-

ta la problemática del mantenimiento —a través del devenir histórico— de la unicidad que necesariamente presupone.

No se trata de realizar un examen de la filosofía de la praxis marxista —leninista en la Unión Soviética—. Ni se pretende emprender el estudio de instituciones jurídicas, morales y económicas, desde puntos de vista estrictamente jurídicos, morales o económicos. Por el contrario, trátase de conocer la realidad rusosoviética actual, tal como ella se presenta, tal como pretende ser, tal como se justifica, y, sobre todo, tal como ella permanece, o no, fiel a su primitiva ideología.

Rusia es el primer país del mundo que abandona el régimen capitalista —*lato sensu*— adoptando el régimen socialista marxista. Este paso se efectúa a través de una fase de transición de más de una década, en la que aparecen, en primer plano, conflictos ideológicos y en la que van surgiendo dificultades que, en definitiva, van a adulterar los principios ideológicos de la primitiva versión marxista meramente especulativa.

El problema consiguiente aparece claro y determinado: ¿Qué relación guarda el inicial pensamiento de Marx con la evolución sufrida por las ideologías en la Unión Soviética? O, dando un paso más: ¿Hasta qué punto la ortodoxia ideológica marxista se ha visto realizada en Rusia? ¿Es que las instituciones rusas responden fielmente —a través de una peligrosa evolución sociológica en función de las circunstancias históricas— a esta ortodoxia marxista?

Resulta difícil al investigador la arribada a conclusiones concisas, dada la complejidad de la problemática abordada.

Marx ha señalado una pluralidad de superestructura de diversa significación, que se corresponden a aquella estructura económica, y cuyo análisis es preciso realizar por separado antes de responder a las cuestiones formuladas.

Tres tipos de ideología va a examinar M. Chambre: jurídica, moral, antirreligiosa; todas ellas de profunda significación en la tesis marxista. El resultado es desalentador: Karl Marx es objeto de un sistemático falseamiento por parte de los soviets, con evidentes fines políticos. La actitud rusa carece de la más elemental seriedad ideológica; ha devenido utilitarismo político.

El enraizamiento de las instituciones rusas prerrevolucionarias, ancladas, muchas de ellas, en concepciones medievales, impide su eliminación inmediata; en consecuencia, el legislador soviético se

ve obligado a una actuación por etapas; surge el diálogo entre la ideología marxista y la realidad social rusa, diálogo que implica una cesión de terreno por parte de aquélla, pese a que algunos de sus aspectos permanezcan invariables.

Buen ejemplo de ello lo tenemos en el Derecho matrimonial y de familia. Principios básicos como «La educación de los niños corresponde al Estado», como «El Estado no distinguirá entre hijos legítimos y naturales», o como «Los esposos gozarán de iguales derechos ante la ley», y otros muchos, no han sufrido variación alguna desde su formulación por K. Marx hasta hoy. Por el contrario —y pese a la durísima crítica de F. Engels a la concepción burguesa y cristiana del matrimonio como contrato—, los actuales juristas de la U. R. S. S. siguen manteniendo la naturaleza jurídica contractual de matrimonio, que inspirara la legislación zarista.

La introducción de un germen de disconformidad —aunque fuera en dosis mínimas— es decisiva. La fuerza de la ideología no fué suficiente para imponerse totalmente a la realidad social rusa prerrevolucionaria, entre lo que tiene que capitular en numerosas ocasiones. Y perdida su invulnerabilidad deja de existir la necesidad de su realización. De norma básica de la revolución, las tesis de K. Marx devienen poco más que menos principios programáticos, cuya realización, como tales, depende sólo ya de su conveniencia, de su utilidad en función de la coyuntura política del momento.

Y así, v. gr., nos sorprenderá que una revolución, iniciada sobre la crítica de las condiciones laborales capitalistas, y llevada a cabo en nombre de los trabajadores proletarios de todo el mundo, no emprende seriamente, en ningún momento, la formulación de los principios que deberán regir el trabajo, sus condiciones, su legislación, en el nuevo Estado socialista. Y que deja transcurrir más de una década antes de afirmar, ni siquiera débilmente, el derecho al trabajo, por ser considerada cuestión baladí, en tanto no despierta la conciencia obrera del trabajo como obligación, no sea totalmente suprimido el paro estructural, y no sean absorbidas por el Estado todas las instituciones cuya misión sea la defensa del trabajador.

Por el contrario, el Derecho de Propiedad —problema clave del marxismo, y la más importante rama jurídica, en opinión de los dirigentes bolcheviques— es campo en el que los soviéticos

han permanecido fieles de K. Marx y F. Engels, y a su concepción, como robo, de la propiedad privada burguesa. Efectivamente, y pese a la implantación de formas especialísimas de propiedad como el Kolkhoz (propiedad agraria cooperativa), la Rusia soviética efectúa, en sus primeros meses de vida, la total nacionalización de la industria, banca y comercio, conducta en lo que persevera sin que sea factible apuntar ningún significativo retorno al régimen de propiedad privada, excepto en los sectores menos importantes de la Economía, y aun a título de concesión temporal.

Tras un detallado examen de distintas ramas del Derecho, M. Chambre aporta el argumento decisivo: K. Marx no vacila en señalar al Derecho como superestructura de la sociedad capitalista, calificando de ideológicas las formas jurídicas que están condenadas a desaparecer bajo el nuevo régimen político socialista. El Derecho es una institución burguesa, afirma Marx tras decretar su inadmisibilidad, una vez fuera de combate el régimen burgués capitalista. Mas la realidad de la Unión Soviética, como super-Estado, no deja lugar a dudar sobre la imperiosa necesidad de reglas jurídicas, puesto que, históricamente, no se produce la desaparición del Estado que Marx aseguraba. Surge entonces un Derecho soviético de nuevo cuño, que los juristas rusos justifican por la armonía que preside la sociedad comunista; desaparecidos los conflictos clasistas, el Derecho será necesariamente la expresión de la voluntad de todo el pueblo. Forma jurídica ya no es siempre forma ideológica.

La estrategia jurídica utilizada es de indudable habilidad, mas no por ello deja de poner claramente de manifiesto la traición sistemática de que Marx es objeto.

Tras la ideología jurídica se plantea análoga cuestión en la ideología moral. Karl Marx —hombre de intachable conducta privada— y F. Engels no conceden a la moral lugar de importancia en su concepción de la praxis revolucionaria. Este concluirá afirmando la existencia de una pluralidad de morales clasistas, en función de sus respectivas situaciones económicas, tesis que permitirá a Lenin defender la existencia de una moral comunista; y si la moral es moral de clase deberá estar totalmente subordinada a los intereses de la lucha que el proletariado sostiene: Es moral todo lo que tiende a destruir la vieja sociedad burguesa y a crear la nueva sociedad proletaria. Para el buen comunista, la moral re-

side en la disciplina que permite la lucha solidaria y coherente de las masas obreras contra la clase explotadora.

No es necesario hacer hincapié en la variabilidad congénita de la moral soviética, a pesar del dogmatismo teórico de que hace gala el comunismo. En efecto, el criterio supremo e inapelable de la moral bolchevique es la lucha por el comunismo; y, ¿hay nada más variable, más contingente, menos definible? En definitiva no es posible fundar una moral humana en principio tan movedido. La literatura soviética ofrece sin recato afirmaciones del género de «todo lo que sirva la causa del pueblo, la liberación de los trabajadores y la edificación de una nueva sociedad sin clases, es *absolutamente* moral», junto a relaciones exhaustivas de lo que es *absolutamente* inmoral. El pretendido dogmatismo a ultranza, una vez más, muestra la exigua solidez de una noción de tipo ideológico.

El art. 124 de la Constitución de la U. R. S. S. proclama la libertad de culto, la libertad de propaganda antirreligiosa y el carácter ateo militante del partido comunista. Y él es la expresión de la posición teórica rusa respecto a la Religión, posición que permanece inmutable hasta nuestros días, si bien la actitud de los poderes públicos evoluciona según épocas y circunstancias.

Un examen atento de la conducta rusa revelaría:

a) Fidelidad a K. Marx, de una parte, al relegar a segundo plano las medidas directamente dirigidas contra las manifestaciones religiosas formales (ceremonias, culto, liturgia) y el hacer hincapié en la importancia de la acción colectiva, es decir, de la participación del pueblo en la tarea de eliminar de la conciencia rusa la supervivencia de la fe y los sentimientos religiosos.

b) Infidelidad a K. Marx, de otra parte, en el terreno de la crítica, el realizarla a través de la pretendida oposición entre la Religión y Ciencias exactas, físicas y naturales, utilizando caminos archiconocidos e incluso tópicos. Ello significa la degradación de un marxismo puro, y su equiparación a un vulgar positivismo filosófico.

M. Chambre pone fin a su documentado estudio, deduciendo de él dos firmes conclusiones:

a) La ideología soviética es un nuevo instrumento de la política del Partido y del Estado, al servicio de su consigna: Realización de un Estado —por llamarle de algún modo— políticamente universal y socialmente homogéneo.

RECENSIONES

b) La fidelidad a las tesis cardinales de K. Marx ha sido sólo mantenida en tanto aquéllas estuvieran en la línea de la conveniencia de la nación rusa, aprovechando las contradicciones que la propia obra marxista encierra. No se puede señalar, pues, en definitiva, un paralelismo entre los presupuestos y proyectos marxistas y las correspondientes realizaciones rusas. Estas pueden ser tachadas de heterodoxia.

FRANCISCO RUBIO LLORENTE

y

ANTONIO QUÉS CARDELL